

La calle para el martes 13 de febrero de 2007  
Diario de un espectador  
Martes trece  
por miguel ángel granados chapa

Dice una paradoja, con pretensiones humorísticas, que no hay que ser supersticioso, porque eso da mala suerte. Los que padecen supersticiones, no obstante esa recomendación, sufren en un día como este, marcado con la doble fama del día de la semana y del número. Cada uno arrastra su propio desprestigio, por lo que es claro qué mala combinación resulta de ambos.

El martes se llama así porque está dedicado a Marte, el dios de la guerra (de modo semejante al lunes, dedicado a la luna, o el miércoles, a Mercurio, etcétera). Sucede que a esa divinidad tonante se le atribuye carácter inestable, agresivo, violento, y esa manera de ser se comunicaría al día bautizado con su nombre. De manera que todos los martes serían desde incómodos o inconvenientes hasta funestos. Esa creencia popular se ha expresado en refranes, algunos muy conocidos, referidos a prácticas antiguas, propias de pueblos costeros o rurales: en martes, ni te cases ni te embarques; en martes, ni gallina echas ni hija cases; en martes ni hijo cases ni cochino mates, etcétera. No se dice en la paremiología (estudio de los refranes), qué pasa si se infringen esas recomendaciones. Ni tampoco la consecuencia de invitar a casa a personas en un día como hoy, o de la prohibición de cortarse las uñas o el pelo. Pero, por las dudas, se trata de prescripciones que suelen ser atendidas.

El trece, por su parte, aparece provisto de una carga maligna que lo hace vitando, evitable. Esa condición surge de las mitologías o de leyendas más o menos acreditadas por la historia. En el imaginario primitivo de los pueblos nórdicos, por ejemplo, el número trece equivale a una desgracia, porque se reunieron por su propia convocatoria doce espíritus, y deliberadamente excluyeron a Loki, el espíritu de la pelea entre el bien y el mal. La docena de circunstantes iniciales disputó sobre admitir o no al intruso, los ánimos se caldearon y finalmente los espíritus pelearon entre sí, y en la reyerta resultó muerto Balder, favorito de los dioses. Si no se hubiera entrometido una decimotercera presencia ningún mal se habría producido.

Es más cercano a nosotros el triste significado de ese número a partir del Evangelio. Durante su prédica terrenal Jesús de Nazaret reclutó miles de seguidores, pero una cuadrilla de predilectos, los apóstoles, que sumaron doce. Como judío practicante que era, Jesús ordenó al administrador del grupo, o tesorero, Judas Iscariote, buscar un lugar para celebrar el Pesaj, la Pascua, un sitio recogido donde cenar. Como ocurriera que hubiera por eso trece a la mesa, y uno de ellos saliera de la reunión para ser capturado, juzgado y llevado a la cruz, el número adquirió tintes lúgubres.

El rechazo al trece se manifiesta de muchos modos. La lotería italiana omite ese número en sus billetes. Eso es una singularidad, pero otras prácticas son tan comunes que seguramente todos nosotros hemos percibido que edificios en general, y hoteles en particular, prescinden de ese número en la cuenta de sus pisos, y así saltan del doce al catorce o distinguen al del número maldito bautizándolo como doce-bis. Lo mismo es frecuente en la numeración de las filas de asientos en las aeronaves. Muchos autódromos hacen lo mismo.

En Estados Unidos, sin embargo, el trece no tiene mala fama. O no tiene sólo mala fama para decirlo con exactitud. Al contrario, es un número afortunado. Hay que recordar que ese país nació de la decisión de las colonias de la costa atlántica de no pagar impuestos en cuya aprobación no participaran. Eran trece esas colonias, de modo que el número tiene derivaciones patrióticas, y en su escudo nacional hay trece estrellas a la cabeza del águila, cuyas garras sostienen, una, un ramo de olivo con trece hojas y la otra un haz de trece flechas.